

15 de Febrero de 1906. Año III. N.º 52.

Cómo se nos roba, cómo se nos mata

Los ladrones internacionales

Acostumbrados á viajar por todos los países, hablando varias lenguas, en posesión de varios estados civiles, robados ó falsificados, aparecen por doquiera en su abominable perfección, constituyendo una secta de terribles bandidos, en razón de los recursos intelectuales, físicos y materiales de que disponen. No reparan en los medios para alcanzar sus fines ni retroceden ante el asesinato cuando les es preciso perpetrarlo.

El teatro de sus operaciones son las grandes estaciones invernales durante el mal tiempo, ó las playas á la moda en el verano.

Estos malhechores poseen un material poco voluminoso, fácil de disimular y en el que cada objeto tiene un destino determinado.

En primer término, una malla negra que le cubre de pies á cabeza cuando llega el momento de *operar*. Según las costumbres observadas en la futura víctima, hará uso de uno ú otros entre los siguientes instrumentos que constituyen su verdadero arsenal ofensivo.

Dispone de una esponja y aun de una careta cloroformizada; como armas, un estilete italiano de hoja corta, triangular, arma temible y poco embarazosa. Además, una verdadera maza, fácil de ocultar, fabricada generalmente por sí mismo; es una piel de anguila vulgar llena de arena fina mezclada con plomo. Posee además un *neceser* ingenioso de origen americano generalmente y que se designa en "argot" con el nombre de *ouistiti*. Es una verdadera obra de arte de hábil mecánico que le permite abrir sin ruído las puertas cerradas interiormente.

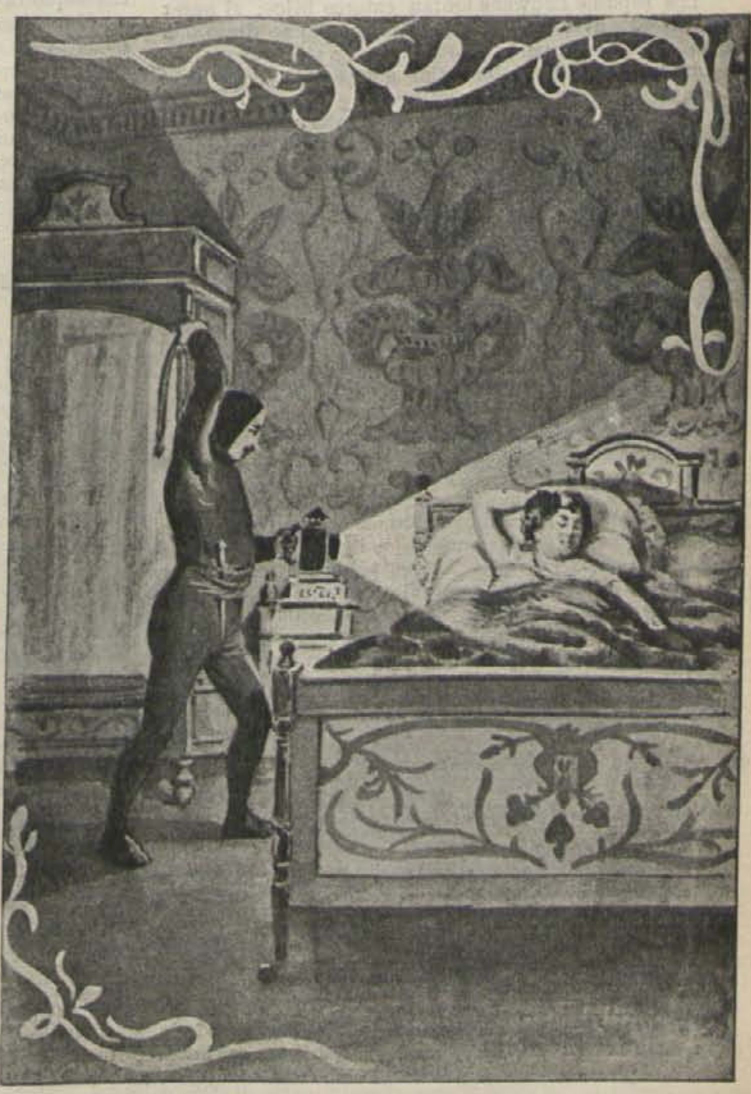
Supongamos ahora al *rat d'hotel*, que así se designa á este género de bandidos, en presencia de un viajero á quien se propone desvalijar, y según haya éste dejado sus valores en la caja del hotel, ó los guarde por sí mismo, así variará la táctica que ha de emplear nuestro hombre.

Si la víctima es de la clase de confiados, el ladrón aprovechará la primera coyuntura para entrar á saco en la habitación del viajero que ha tenido la imprudencia de dejar la llave puesta.

Una rápida ojeada le basta al ladrón para hacerse cargo del sitio donde está situada la cabecera de la cama, y como ha tomado la precaución de escoger una habitación contigua, aprovecha la ausencia de su vecino para practicar unos orificios invisibles en el tabique de la medianería. Estos agujeros estarán orientados de de suerte que caigan un poco por encima de la cabeza del que duerme.

Esperará á las dos ó las tres de la mañana, la hora en que todos duermen en el hotel, é introduciendo entonces en los referidos orificios una larga y fina cánula adaptada á un vaporizador, logrará envolver á su víctima en una atmósfera de vapores clorofórmicos que no le dejará despertar. Después de esta operación no tiene más que penetrar en el vecino cuarto y operar con entera libertad. Entonces es cuando su arsenal entra en juego. Con sus útiles, maravillosamente combinados, podrá pinzar el cañón de la llave que cierra por el interior, y haciéndola girar, abrir la puerta.

A la madrugada tomará uno de los primeros trenes mientras la víctima, presa del narcotismo, se pasará la mañana en



un sueño de plomo. A veces, para que en el hotel no extrañen su brusca partida, el ladrón recibe un telegrama que le expide un compinche, prevenido de la marcha del "asunto".

Si el *rat d'hotel* no consigue una habitación inmediata á su víctima, procede de distinto modo.

Durante el día levanta los tornillos de la cerradura, colocándolos hábilmente en falso, de suerte que pueda introducirse rápidamente en la habitación cuando llegue el momento preciso. Como esta vez la expedición ofrece sus riesgos, el bandido se aventura provisto de todo su material de guerra, sin olvidar la careta, la esponja del cloroformo y la maza de piel de anguila.

Si la víctima se despierta, le aplica la esponja ó la máscara para anestesiarla; si encuentra resistencia, un golpe de maza la reducirá á la impotencia.

La malla negra le permite ocultarse mejor si preciso fuera, y la careta, que la víctima no le reconozca en lo futuro.

Nuestro grabado representa un *rat d'hotel* en el momento de operar.

Unicamente en circunstancias excepcionales estos bandidos recurren al asesinato. La mayor parte de los asesinos celebres, los Prado, los Pranzini, no eran otra cosa que *rats d'hotel*.

Dadas las precauciones con que operan es muy difícil que la Policía pueda echarles el guante.

Contra tan temibles bandidos, la *élite* del ejército del crimen, las mejores armas son la prudencia, desconfiando siempre del amable y correcto compañero de viaje ó de hotel que la casualidad depara y dejando el dinero y los valores bajo la custodia del cajero del establecimiento.

El crimen en el extranjero

Parricidio en familia

La Audiencia de lo criminal de Brabant (Bélgica), entiende en un crimen atrozmente trágico, que ofrece un extraordinario ejemplo de salvajismo y de inconsciencia. Se trata de un parricidio ocurrido en una pequeña aldea. La víctima es un labrador llamado Bauwens; los matadores, su mujer y sus hijos, que decidieron suprimirlo porque les resultaba molesto y brutal.

Pronunciada la sentencia, prepararon el crimen con la mayor frialdad, y fríamente también lo ejecutaron en la fecha fijada.

Los esposos Bauwens tenían catorce hijos; al nacer los dos últimos, dos gemelos, fué cuando se decidió el crimen. Tomaron parte en él cuatro de ellos; el mayor, soldado de artillería, dos hijas gemelas de diez y siete años y un muchachuelo de quince.

El día del crimen llegó á la casa paterna el artillero, que tuvo con su madre y hermanos un largo conciliábulo. Los demás hijos sabían lo que se preparaba y un chicuelo de ocho años había anunciado en la escuela el siniestro acontecimiento. Antes de que llegara el padre, el artillero se ocultó en una habitación contigua á la alcoba del autor de sus días, provisto de un martillo de fragua. Cuando Bauwens se hubo dormido, el desnaturalizado hijo le dió dos martillazos en la cabeza. La víctima se removió débilmente. El artillero fué á la cocina en busca de un cuchillo, con el que le cortó la garganta al padre, alumbrado por el hermano de quince años y en presencia de la madre y las hermanas.

Entonces la madre y los hijos, reunidos ante el sangriento cadáver del padre, rezaron un Rosario. Aquélla cogió una rama bendecida y trazó una cruz en la frente del muerto.

Para ocultar el crimen transportaron el cuerpo en un carricoche hasta la vía férrea, donde los gendarmes descubrieron, con el cadáver, rastro de la sangre que denunciaba el lugar del crimen. Los culpables, á quienes encontraron desayunando tranquilamente, confesaron de plano, refiriendo la espantosa fechoría, en tanto que la madre, en el momento que iban á ser conducidos á la cárcel, les hacía arrodillar para darles su bendición.

Unicamente la madre y el hijo mayor serán condenados. Los especialistas han declarado que los otros son imbéciles y epilépticos.

La ciencia criminal.

Está siendo objeto de general preocupación en el extranjero un descubrimiento que puede calificarse de verdaderamente perverso.

Los rayos X, esa maravillosa conquista de la ciencia, que hasta ahora se ha aplicado al bien de la humanidad, tienen, como los hombres, perversas intenciones y pueden perpetrar crímenes con una terrible impunidad.

Los rayos X, que ponen de manifiesto el órgano dañado, que están en vías de curar el cancer, son, á la vez que benéficos, destructores y homicidas. Bajo su influjo, la mujer puede dejar de ser madre, porque penetrando certera é insensiblemente al través del cuerpo humano, llegan á la matriz y destruyen los ovarios, proclamando la esterilidad. Y no es esto sólo. Ejercitando su acción sobre el individuo, bien directamente, bien al través de un obstáculo—un tabique por ejemplo—, pueden producir la muerte sin dejar el menor rastro del crimen.

Calcúlese las terribles consecuencias que esto puede ocasio- el día que los rayos X sean tan del dominio público como lo es hoy la fotografía.

Si los malhechores se apoderan de arma tan poderosa, la sociedad tendrá que temer por un nuevo enemigo contra el que se encuentra impotente para defenderse, y la despoblación, ese mal que de tal suerte preocupa á algunas naciones como Francia, adquirirá caracteres mucho más alarmantes.

No es, pues, extraño qne se pida la prohibición del uso de los rayos X á todo aquel que no esté acreditado por su profesión para emplearlos. La tolerancia sería un delito, y en vista de los peligros que amenazan con el manejo de los rayos X, debe considerarse prohibido el uso de los aparatos que los proyectan para garantir la vida y la procreación de la especie.

¡Triste sino el de la humanidad, que no puede crear nada exclusivamente para el bien!

Los perros contrabandistas.

Al oir en distintas ocasiones, unas veces en Málaga, fuera otras, los mil ardides á que recurren en el campo de Gibraltar los contrabandistas para burlar la vigilancia y meter sin pagar derechos el tabaco comprado con este fin en la vecina plaza, reputé siempre como una graciosa invención eso de los perros adiestrados que les sirven de auxiliares para pasar el contrabando.

Nada más cierto, sin embargo. Todos los años los carabineros matan á balazos centenares de estos inteligentes canes, cuyas bajas son cubiertas por otros domesticados del mismo modo y que llegan á distinguirse en el difícil tráfico que les está encomendado, por la finura de su instinto.

Por ser muy curiosos los datos que he recogido en estos días de inacción, voy á trasladarlos al papel, seguro de que me lo agradecerán los lectores, ya que de la autenticidad les respondo.

Hay en todo el campo de Gibraltar personas que se dedican á adiestrar perros contrabandistas.

En Algeciras, los Barrios, San Roque, La Línea y otros puntos abundan.

Empiezan porque los perros contrabandistas odien á los carabineros.

¿Cómo lo consiguen? El procedimiento es sencillísimo. Tiene más de brutal que de ingenioso.

El «domador» se procura un viejo uniforme. Si es que no lo tiene de antemano *ad hoc*.

Vestido de carabinero sin que nada le falte del equipo, amarra al perro y le sacude de firme, sin atender á sus lamentos.

Le da poco de comer, y en cambio le castiga mucho. Cada día una paliza y escasa ración de pan.

Esto por espacio de cuatro ó cinco días ó de una semana, tiene bastante el perro para que no se le olvide.

En cuanto ve desde lejos á un carabinero huye por el lado opuesto como el diablo que carga con algún alma de santurrón usurero.

Así preparado se le enseña á llevar su carga de paquetes de tabaco envuelta en tela impermeable para que el tabaco no se moje, si el alijo ha de ser por mar.

Con ella le hacen comer y saltar hasta que se acostumbra á ser perseguido y á salvar la carga

Cuando ya es diestro, se le dedica al oficio, y si es por el mar, como generalmente sucede en Gibraltar, recibe la pequeña carga cada uno, son metidos en una lancha y así van en demanda de la opuesta orilla.

A cierta distancia, ya cerca, cuando es fácil ya dar con el resguardo y el peligro es grande, no debiendo avanzar más la lancha, los perros son arrojados al agua.

Y nadando van á su destino huyendo el encuentro de los carabineros ó sufriendo sus disparos, que á muchos cuesta la vida.

Para llegar hasta el punto de destino su sagacidad es grande. Algunas veces pasan en el monte horas y horas, hambrientos, chorreando y tiritando y, sin embargo, sin moverse hasta que sus dueños van por ellos á recoger la carga de cada cual.

Son muchos los perros que sucumben á balazos, como he dicho, y esto hace que los traficantes en este género de alijos se dediquen á robarlos dentro de las poblaciones.

Por esta causa todo el que tiene un perro fino lo guarda debajo de siete llaves.

Muchos otros medios de pasar contrabando han sido desechados, entre ellos los de las panzas de burras supuestas fingiendo preñez, los de los cuadros con marcos huecos, los carruajes de doble y triple fondo y otros muchos, pero esto de los perros contrabandistas perdura desde muy antigua fecha.

He visto algunos de estos perros inteligentes tan vivos y tan listos, que no les falta más que hablar y pedir su parte en el alijo.

Antonio Fernández y García.

La familia delincuente

De la teta.

Es la especie más peligrosa y más repugnante de todas, porque el vicio y la sensualidad sirven de cebo para el delito.

En las *tomadoras por el registro de la teta* siempre se descubre una historia, cuyas páginas, cuajadas de impudicias y de brutalidades, sobrecogen el ánimo y llevan al alma un eco de dolor y un grito de indignación.

Dieron sus primeros pasos en la prostitución callejera, sin freno de ninguna clase y dejando en las zarzas del camino la vergüenza á girones, el decoro á pedazos y el sentido moral por completo, hasta que cayeron en brazos de algún malvado que, con poco trabajo, las hizo instrumento de sus nauseabundas pasiones y las convirtió en auxiliares de sus criminales fechorías.

Tienen la acorchada conciencia de los más empedernidos delincuentes y el descoco de las meretrices más despreciables, cuyas maneras imitan para realizar sus planes.

¡Parece increible que esa hermosa y delicada mitad del género humano, pueda llegar á tal extremo de degradación y á tal carencia de sentimientos!

Las *tomadoras de la teta* adoptan unas veces el aire, el andar, las miradas y los gestos de las mujeres de la vida, y salen á la misma hora de que ellas; otras se presentan con la timidez y el recato propios de una joven desgraciada á la que su mala ventura obliga á entregarse en brazos del primero que llega, y otras aparecen como mujeres casadas, víctimas del abandono y malos tratos de un marido desconsiderado y soez.

En los tres casos se ofrecen para todo género de vicios, aberraciones y apetitos, por torpes y antinaturales que sean, y como nunca faltan engendros capaces de descender á las más asquerosas liviandades y á revolcarse en el cieno de una lujuria desenfrenada, las *tomadoras de la teta* rara vez vuelven á su casa con los bolsillos vacíos.

Aceptadas las deshonestas proposiciones por el lúbrico *primo*, le llevan á un sitio donde la escasa luz y la poca concurrencia favorece sus planes, ó al portal de una casa de *compromisos*, y mientras le aturden y alucinan excitando su sensibilidad con miradas, caricias y besos, le *cachean* con extraordinaria habilidad y le despojan de cuanto lleva en los bolsillos.

Una vez hecho el *tomo*, pretextan que han visto pasar la marido, ó que se acercan los encargados de perseguir á las mujeres sin cartilla, ú otra causa cualquiera, y se marchan, suplicando al *primo* que espere, pues volverán en cuanto haya desaparecido el peligro.

Y lo que vuelven, como supondrá el lector, es la espalda.

Del gato.

Á medida que van conociéndose en detalle los procedimientos para robar, van cayendo en desuso, puesto que al vulgarizarse es muy fácil tropezar con un individuo que esté al corriente del ardid, y el *tomador* salga con las manos vacías y con alguna *caricia* del que ha intentado robar.

Los dramas de la neurastenia



En la ciudad de Brunswich un pianista que estaba enamorado de una de sus discípulas resolvió morir por carecer de recursos para casarse con ella No solamente la novia sino la hermana, una neurasténica como el pianista, se asoció á la desesperada determinación. Después de beber champagne desnudáronse hasta la cintura para señalar el sitio en que habían de ser heridas. Cuando el pianista hubo disparado y las vió muertas, no tuvo el valor de suicidarse.



PROCESOS CÉLEBRES
30 ENVENENAMIENTOS

Elena Jégado; he aquí un monstruo bajo la simpática y angelical figura de la mujer; un ser cuya alma, poseída por el espíritu del mal, llegaba hasta la perversión mortífera, cerniéndose constantemente la muerte á su alrededor. Esta mujer, que por espacio de muchos años, paciente, obstinada, incesantemente entregó á la muerte á cuantos se le acercaban, hizo más de treinta víctimas, matando á sus semejantes con una frialdad pasmosa, sin interés apreciable en todos los casos. Valíase del veneno para quitar sus vidas á las inocentes víctimas, sistema de asesinato el más cobarde y vil entre los más atroces, constituyendo moralmente más delito que el perpetrado con el puñal.

Su profesión maléfica la ejercía siempre en las casas en donde ella residía en calidad de sirvienta, cambiando con frecuencia de domicilio para continuar su criminal labor. En una sola casa, en el transcurso de tres meses, murieron siete personas, entre las cuales se contaba Ana Jégado, hermana de Elena.

Todos murieron con terribles vómitos, todos habían comido alimentos preparados por Elena y por ella fueron asistidos hasta sus últimos momentos. A cada nueva defunción manifestaba el monstruo de Elena el más vivo dolor; pero añadía siempre: *Y no será éste el último*. En efecto, al poco tiempo hizo dos muertes más.

Tantos accidentes ocurridos casi súbitamente, llamaron la atención, por lo que fué inspeccionado uno de los cadáveres por dos médicos, quienes hicieron constar graves desórdenes en las vías digestivas é inflamación en los intestinos, sospechando un envenenamiento; mas Elena mostraba tan ejemplar piedad y tan inimitable sangre fría, que no se atrevieron aquellos médicos á insistir.

Continuó así sembrando la muerte por donde quiera que iba, hasta que fué descubierto su criminal instinto por dos médicos que denunciaron el envenenamiento de dos criados ocurridos en la misma casa en donde estaba la Elena en calidad de cocinera; fué presa y dió motivo á un célebre proceso, del que hemos extractado estos apuntes, el cual se vió ante jurados en la ciudad de Rennes, siendo condenada á la última pena, á pesar de la brillante defensa que de ella hizo su abogado.

Hasta el último momento continuó Elena siendo lo que había sido para sus defensores y sus jueces, un misterio de perversidad. Ya en el cadalso, pocos segundos antes de morir, y no teniendo por oyentes más que al escribano y al ejecutor, fiel á las costumbres de toda su vida, acusó de haberla aconsejado sus primeros crímenes y de haber sido cómplice de ellos, una mujer, cuyo nombre ni siquiera había pronunciado en el proceso. No se tomaron en cuenta esas últimas palabras, y la justicia humana pasó sobre aquella cabeza condenada. Cuando el procurador general tuvo conocimiento de aquella revelación *in extremis*, se indignó de que no se le hubiera comunicado á tiempo, y empezó de nuevo las diligencias; mas cuando se llegó á tomar noticias, se encontró que la persona designada por Elena, era una pobre anciana paralítica, cuya vida había sido siempre ejemplar, y que se la conocía por la *santa* y por la *providencia del país*. Hasta en el último momento de su vida procuró hacer otra víctima.

Y ahora reflexiónese lo que fué esta criminal Elena Jégado. A primera vista es preciso reconocer en ese ser, marcado con el signo de una perversidad nativa, un predestinado del crimen; dominaba en ella la monomanía criminal como consecuencia de una perversión física y alteración de sus sentidos.

Predominaba también en su ser el espíritu de perversidad irresistible, vertiginoso, más fuerte aún que el mismo espíritu de conservación, por ser aquél la aberración de la voluntad y la impotencia de la conciencia, que la arrastraba hacia el abismo, haciéndola cometer los crímenes que engendraba ese mismo espíritu de perversidad, no obstante, llevados á cabo con manifiesta deliberación, mas ocultándolos con sagaz y estudiada prudencia, volviendo á reincidir con la misma determinación bajo el influjo de una pasión que dominaba todo el malvado ser de la envenenadora.

Criminales capturados por la Benemérita.

Raro es el número que no tenemos que consignar algún importante servicio llevado á cabo por la Benemérita. El que hoy nos ocupa merece todo género de alabanzas por el celo é inteligencia desplegados por el teniente jefe de la línea de Sevilla, D. Jesús Ransauz y fuerza á sus órdenes, que de la sospecha de un robo han llegado al descubrimiento de un crimen.

Sabiendo que habían sido vendidas dos caballerías en aquella capital, encomendó las pertinentes averiguaciones al comandante del puesto de San Bernardo, Hilario Ransauz García, quien auxiliado del cabo Chocarro y del guardia Morcillo, consiguió detener á dos individuos llamados Tomás Sánchez Bullón y Francisco Vaca Ramírez. La captura era más importante de lo que se creyó en los primeros momentos, porque los criminales, estrechados á preguntas, confesaron un horrible asesinato relacionado con el robo.



1 Cabo comandante del puesto de San Bernardo Hilario Ransauz García.—2 Cabo Manuel Chocarro Sánchez. 3 Guardia 2.º Natalio Morrillo Carretero —4 Francisco Vaca Ramírez, criminal que sujetaba al arriero mientras su compañero le dió un tajo en el cuello, matándolo.—5 Criminal Tomás Sánchez Bullón, que mató de un tajo en el cuello al arriero.

Los dos sujetos se habían conocido en las cercanías de Málaga, y merodearon algún tiempo por los pueblos, con el pretexto de vender telas, pero en realidad dispuestos al bandidaje. Trataron de robar á un molinero y á un pellejero, que encontraron solos en sus correrías y no lo hicieron por suponer que no llevaban consigo ninguna cantidad de importancia. Apostados en el camino que conduce de Ronda á Ubrique, sorprendieron al cosario de este último pueblo, Cristóbal Torres Rojas, y arrojándose sobre él, mientras uno le sujetaba por los brazos el otro le dió un corte en el cuello, tan brutal, que casi le separó la cabeza del tronco. Realizado el crimen, se apoderaron de 300 pesetas que la víctima llevaba en los bolsillos, y de las dos caballerías que más tarde vendieron en Sevilla.

El cadáver del infeliz cosario fué arrojado á un barranco, donde los criminales creyeron que nunca sería descubierto. Pero á los pocos días lo vieron unos arrieros, y la Guardia civil, relacionando los dos hechos, consiguió que Sánchez y Vaca confesaran el crimen.

A los criminales les fueron ocupadas 195 pesetas, una pistola y un revólver, y algunos otros objetos de la víctima. Como triste detalle, añadiremos que la esposa del infortunado cosario estaba de parto cuando recibió la noticia de la muerte de su esposo y fué tal la impresión de la pobre mujer, que falleció á las pocas horas sin haber podido dar á luz.

Recomendamos á la atención del señor Director general tan importante servicio, en la seguridad que apreciando su mérito, sabrá recompensarlo como merece.

Se calcula que en París se cometen, por término medio, 54.750 robos cada año.

Avisamos una vez más á nuestros apreciables suscriptores, que es indispensable acompañen una faja ó en su defecto manifiesten el número que cada uno tiene como suscriptor, al dirigirse á esta Administración en reclamación de alguna cosa y sobre cualquier otro asunto. No cumpliendo uno de estos dos requisitos, con sentimiento y en algunos casos nos será muy difícil complacerles.

UNA PLANCHA

—¿Viene usted á declarar?... Es inútil el disimulo... ¿Qué hizo usted la noche del 26 al 27 de diciembre de 1905.

—Le doy á usted mi palabra que no recuerdo.



—Pues bien, el sumario demuestra que es usted el hombre que con gabán azul y sombrero de copa rondó por los alrededores de la casa del crimen.



—Además, no más que te- ojos en la ca- Tiene usted eza de crimi- esa frente acusa el vi- ese labio in- or caracterís- de violentas dencias, y so todo esa indi- ncia cínica...



¡Está bueno! Sería usted capaz de decir que no ha conocido á la víctima, que no es usted el asesino de López.

—No señor, yo soy Juan Fernández, y vengo á decirle que su amigo el señor Menéndez le espera en el café para echar la partida de tresillo



Misterios de la Inquisición

La lúgubre voz del sereno gritó las once y media. Aunque cansadísima, envolvió la amante de Esteban sus cabellos en un gran peine de concha, púsose una larga capa, descendió lentamente las gradas de piedra que conducían á la puerta exterior de la casa, y encaminóse hacia la Giralda.

Cuando pasaba el umbral de su casa, salió de una arcada una sombra vaga, que engrandeció poco á poco sobre la pared del frente, débilmente iluminada por la claridad de un pálido reverbero, y perfiló distintamente la sombra de un hombre embozado con su capa. Estremecióse Dolores, pero prosiguió su camino sin detenerse.

—¡Bien!—dijo el inquisidor, pues era él—, ella ha salido, Enríquez cumplirá lo demás.

IV

La Giralda.

La cuadrilla que saliera de la cueva de la Garduña guiada por Coco, siguió silenciosamente al jefe provisional que acababan de darle. Iban los guapos delante, á los lados de Coco, los chivatos detrás, por aquellas calles negras y tortuosas, sin hablar, tal como si hubiesen sido sordomudos.

Seguía Culebrina á algunos pasos, alarmada por la misión que se había dado á Manofina, inquieta por este hombre rudo á quien ella amaba, y tal vez impelida por aquel instinto de las mujeres, que las atrae irresistiblemente allí donde hay que aliviar algún dolor ó prevenir algún peligro.

Así anduvieron Coco y su cuadrilla hasta el puente de Triana, atravesaron aún algunas calles estrechas y lóbregas; llegaron por fin cerca de la catedral, sobre la plaza de la Explanada, cuyo lugar estaba ya muy obscuro, pues las luces de las casas de la plaza se habían apagado.

Aunque en el cielo azul brillaban centelleantes estrellas, estos astros radiosos, demasiado lejos de nosotros, corrían pacíficamente el espacio, desdeñosos de dejar llegar hasta la tierra su brillante claridad, que prestaban, sin duda, á criaturas más felices que las de nuestro triste planeta.

Cuando llegaron ante la catedral, Coco hizo esconder á los dos guapos en un fondo formado por dos enormes pilares; dijo después en voz baja algunas palabras á los chivatos, que fueron inmediatamente á apostarse en los cuatro ángulos de la Explanada, donde se echaron boca abajo, con la oreja aplicada al suelo, para no perder el más ligero ruído.

Después de haber dispuesto su cuadrilla, dirigióse Coco hacia el pórtico de la catedral, y eligióse á su vez un abrigo bajo aquella alta masa de piedras.

Temiendo entonces la serena ser apercibida, tomó luego el borde de las casas del rededor de la Explanada, marchando con paso tan ligero, que se hubiera dicho volaba con alas invisibles, y escurriéndose entre los árboles, detúvose finalmente bajo un enorme naranjo cerca de la fuente.

Un débil ruído que había hecho la serena, un ligero «cri-cri», imitando al del grillo, se dejó oir en uno de los ángulos de la plaza; pero habiendo luego quedado todo en el más profundo silencio, comprendió Coco que era una falsa alarma y nadie se meneó.

En este momento atravesó el sereno la Explanada, y, deteniéndose cerca de la fuente, gritó con voz ronca y monótona: «Las doce han dado».

Estremecióse la serena.

¡Las doce...! Era la hora de los crímenes; la hora en que la infeliz había sido testigo ó actor de tantos dramas sangrientos; la hora en que aparecían «para ella» las sombras de los que viera morir.

¡Tuvo miedo...!

Pasó el sereno. Ya no se oyó más que el imperceptible ruído de las hojas suavemente agitadas por la brisa.

Arrodillóse la serena y púsose á orar.

Pero bien pronto se oyó un paso rápido y ligero sobre la arena, en dirección de la Giralda. Uno de los chivatos hizo un «cri cri» más agudo que el primero, que fué repetido por los otros tres.

Coco, Manofina y Cuerpo de Hierro echaron mano á sus puñales.

Levantóse la serena y alargó el cuello, procurando descubrir de qué parte venía el peligro.

En este momento Dolores atravesó la Explanada.

Llegada al pie de la Giralda, miró por todos lados, y no viendo á nadie, púsose á llamar en voz baja:

—¡Esteban! ¡Esteban...!

Nadie le respondió.

Pero al mismo tiempo salió de la torre una joven, y se postró despavorida á los pies de la hija del gobernador.

—¿Quién sois? ¿qué me queréis?—le preguntó Dolores.

—¡Huid! ¡huid!—exclamó la Chapa, pues era ella—; ¡huid, señora, estais vendida, os he engañado...!

—Pero, ¿dónde está Esteban?—preguntó la joven reconociendo la voz de la que le había entregado la supuesta carta de su futuro.

—Nada sé—contestó la Chapa anonadada—, yo no le conozco siquiera...

—¿Vos no le conocéis...?; pues vos me habéis dicho que él me esperaría aquí esta noche.

—Os he engañado—repitió la gitana, confusa—; me han dicho anda, y me ha sido preciso andar... Porque yo, ya veis, sólo soy un miserable instrumento... Debo obedecer, so pena de ser asesinada..., ¡Oh! pero cuando os he visto tan noble y tan bella, he jurado salvaros, aunque debiera perecer. ¡Huid, pues, señora, huid, yo os lo ruego... luego no podréis... van á llegar...!

Pero Dolores, desatinada, ni pensaba en su propio peligro; sólo pensaba en Esteban, perseguido por la Inquisición, y la incertidumbre en que estaba, la sumergía en indecibles angustias...

Repentinamente oyóse un sordo ruído, acompañado de muchas pisadas, del lado del río.

El retumbante y prolongado «cri-cri» de los chivatos redobló la atención de los miembros de la Garduña.

—¿Oís? ¿oís? ¡vienen!—exclamó la gitana horrorizada, levantándose y procurando arrastrar á Dolores.

Rechazóla la hija del gobernador con un gesto enérgico y lleno de desprecio, diciéndola:

—¡Maldita seas, tú que has mentido!

A estas palabras, la Chapa volvióse á refugiar en la Giralda; Dolores, medio loca de desesperación y de terror, púsose á correr como una insensata hacia la Explanada.

Apenas dió algunos pasos, salieron cuatro esbirros de los cuatro ángulos de la plaza, la cogieron y la llevaron en sus brazos robustos, sin que ella opusiera la menor resistencia, ni tuviera fuerza para gritar.

Dueños ya de su presa, encamináronse los esbirros hacia el Guadalquivir, donde les aguardaban Enríquez y Frasco al lado del coche inquisitorial, el cual, destinado especialmente á las expediciones nocturnas, era un especie de carroza, cuyas cuatro ruedas, envueltas con cuero flexible y espeso, no producía ningún ruído rodando sobre el empedrado. Las mulas que lo tiraban iban calzadas con «las abarcas de noche», para que sus pasos no fueran oídos.

A la última señal de los chivatos, habían Coco y los dos guapos salido de su escondite, y deslizándose de lo alto de las paredes de la catedral, siguieron las huellas de los raptores.

Siguióles la serena á paso de lobo.

Los chivatos, andando como las culebras sobre los pies y sobre las manos, habían mientras tanto tomado la delantera y dirigídose al lado del coche, en donde estaban vigilando Enríquez y Frasco, quienes al oir llegar á los esbirros se adelanta-

ron algunos pasos hacia ellos. Como verdaderos ladronzuelos, aprovecháronse los chivatos de esta distracción para cortar los tiros del coche y llevarse las mulas, que parecían haber sido expresamente calzadas para ser robadas.

Para ellos todo era igual.

Como verdaderos hijos de la Garduña, los chivatos habían principiado con arrojar prestamente al agua al cochero, que les estorbaba.

Todo esto lo verificaron en menos tiempo del que nosotros empleamos para describirlo.

—Héla aquí—dijo Enríquez á Frasco, cuando hubieron llegado cerca de los esbirros que llevaban en sus brazos á Dolores desmayada.

—¡Bien está!—respondió Frasco con tono regañón—; cállate y despachemos.

—¡Oh! Ahora ya la tenemos—añadió Enríquez con aire de triunfo.

—Aún no—dijo Manofina dándole una puñalada en el brazo.

Sorprendido así Enríquez, bamboleó por el efecto del dolor súbito que experimentara; pero recobrando luego su valor:

—A mí—gritó á los esbirros, dos de los cuales, abandonando luego la hija del gobernador á sus camaradas, corrieron en auxilio del familiar.

Frasco no se había imaginado esto; al primer grito del herido, corrió hacia Manofina. Por su parte, Enríquez, furioso y no distinguiendo á sus enemigos en las sombras, se había vuelto sobre Cuerpo de Hierro, trabando con él una lucha encarnizada.

Mientras tanto, Coco había corrido en persecución de los dos esbirros que, al ruido del combate, se habían dirigido precipitadamente hacia el coche; pero después de haber depositado en él á Dolores, salváronse con toda la ligereza de sus piernas, sin aguardar el éxito de la lucha que acababa de empeñarse.

Indeciso Coco entre el deseo de guardar la hija del gobernador y el de socorrer á sus «hermanos», titubeó un momento; no obstante, prevalecieron sus instintos guerreros; volvióse al lugar del combate, llegando a tiempo para libertar á Cuerpo de Hierro, que, á pesar de su valor de león y su fuerza atlética, difícilmente había podido hacer frente á tres adversarios, los dos esbirros y Enríquez. Este último, á pesar de su herida, se defendía como un desesperado.

La llegada del alguacil cambió la faz de las cosas.

Combatiendo los agentes de la Inquisición, procuraban llegar al puente donde se encontraba el coche. Por su parte, los garduños redoblaban sus esfuerzos para llevarlos adelante, seguros que, una vez llegados allí, acabarían con ellos. En efecto, apenas habían los esbirros puesto el pie sobre el puente de Triana, los dos garduños los hirieron mortalmente y los arrojaron al agua. Enríquez, ya desmayado, había caído á algunos pasos; volvió Cuerpo de Hierro al paraje en que estaba tendido, y, creyéndolo muerto, lo levantó en sus brazos á la altura del parapeto y lo tiró al río.

Contando Coco que Manofina, batiéndose solo con Frasco, se desembarazaría fácilmente de él, volvióse hacia el coche. Viéndose Frasco solo contra el guapo, y comprendiendo que nada podría contra aquel feroz garduño, tendióle alrededor del cuello un nudo corredizo.

Perecía Manofina, cuyo valor y destreza eran inútiles, ahogado por el cordón asesino; poco á poco perdía la respiración y las fuerzas. Cayóle el puñal de su trémula mano, sus ojos, rojos é hinchados, se cubrieron de una nube, y ya Frasco levantaba la mano sobre él para acabarle, cuando, herido en el corazón con una hoja acerada, cayó muerto al instante. La Culebrina le había asestado una navajada.

Apresuróse la joven á desanudar el cordón que apretaba aún la garganta de Manofina. A pesar de este atroz suplicio, el bravo había permanecido en pie.

(Continuará).

El 8 de diciembre último, los vecinos de Valenzuela don Joaquín Vázquez Espinosa y don Juan Gallardo, pernoctaron en el cortijo "La Siguiñuela" término de Villanueva de Córdoba, donde habían ido por unos cerdos, y al levantarse de madrugada vieron sorprendidos que les habían robado los mulos que dejaron por la noche en la cuadra del cortijo. Hiciéronse mil pesquisas infructuosas; participaron el hecho a la Guardia civil del citado Villanueva, fueron también á la capital y por fin regresaron á Valenzuela sin caballerías.

El jefe del puesto don Juan Martínez Belmonte, acompañado del guardia segundo Antonio Redondo García, comenzaron las más activas gestiones para descubrir los autores del hecho, logrando después de incesantes pesquisas rescatar las dos caballerías, que están ya en poder de sus dueños y valen cerca de 2 000 pesetas. En cuatro días han recorrido parte de tres provincias, han encontrado los dos mulos robados, y descubierto, naturalmente, noticias sobre los autores del hecho. Los vecinos todos ensalzan como se merece tan notable servicio, y piensan pedir al Director general del Cuerpo que otorgue al cabo Martínez y guardia Redondo alguna recompensa, que justamente merecen por su celoso trabajo.—***Antonio Vazquez.***

Al presente número van incluídas, en un solo pliego, 8 páginas de LOS DRAMAS DE PARÍS y 8 de LOS TRES MOSQUETEROS.

MUSEO CRIMINAL

Se publica en Madrid los días 1.° y 15 de cada mes.

Consta de ocho páginas de texto (como mínimum) dando también números extraordinarios de 12 páginas. Todos los números llevan, además, invariablemente, diez y seis páginas de novelas ilustradas y encuadernables.

Precios: trimestre, 1,50 pesetas.—Semestre, 2,75.—Año, 5.—Extranjero, un año, 10 pesetas.

Para las clases de tropa de Guardia civil, Carabineros y personal subalterno del Cuerpo de Seguridad, de la Judicatura, Cuerpo de Prisiones y Policía: **una** peseta trimestre.

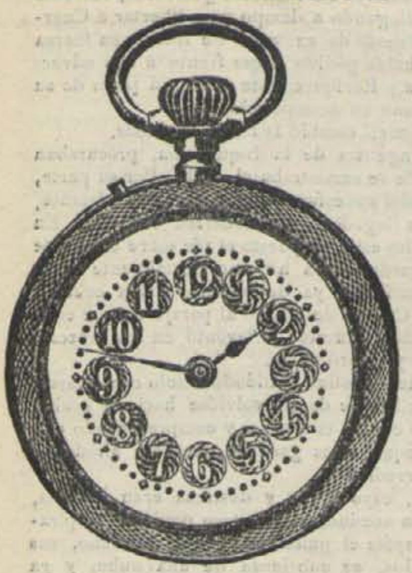
BASES DE SUSCRIPCION.—1.ª El tiempo mínimo de suscripción es un trimestre. 2.ª La suscripción se considerará continúa indefinidamente en tanto no se reciba del suscriptor aviso en contrario. 3.ª Los avisos de baja han de recibirse precisamente en esta Administración con quince días de anticipación á la fecha en que termina la suscripción. Las reclamaciones, dentro de los ocho días para la Península y quince para las islas: después no serán atendidas. 4.ª Los cambios de destino deben avisarse antes de efectuar el traslado de residencia.

Toda la correspondencia debe dirigirse al Director del MUSEO CRIMINAL, apartado en Correos núm. 336. Madrid

Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY

Fuencarral, 59.—Madrid.



El Cronómetro Thierry

Reloj de acero con contornos dorados al fuego, esfera rica, máquina superior, escape Roskopf, de marcha superior .... **19,50 pesetas.**
Idem de acero. (Elegante) .. **18.50** —
Idem de níquel puro. (Idem). **18.50** —

En 4 plazos mensuales.

EL ESPECIAL

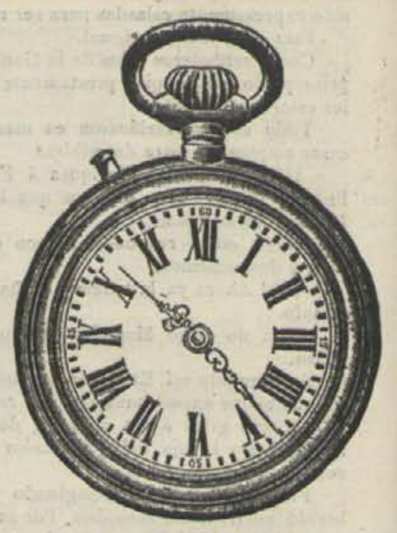
Reloj cronómetro para los Cuerpos de Guardia civil y Carabineros.



Este hermoso ejemplar que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores, es un magnífico reloj construido expresamente para Guardia civil y Carabineros. En su elegante esfera lleva la inscripción del Cuerpo y el dorso—que nuestro cliché reproduce—es el real escudo, esmaltado con los colores nacionales y aplicaciones doradas. El reloj **Especial** tiene una marcha perfecta, está montado sobre rubíes y su perfecto ajuste le hace refractario á la humedad. Su precio de fábrica es 50 pesetas. Los individuos de Guardia civil y Carabineros pueden adquirirlo por **40, pagaderas en cinco plazos mensuales.**

Los pedidos al Sr. Thierry. Fuencarral, 59. Madrid.

NOTA Este reloj es de una sola tapa y el grabado representa *la parte posterior.* Dicho reloj es un poquito más pequeño que el representado en este grabado.



Regulador Patent.

De los ferrocarriles de Francia, de uso general para todos sus empleados, por su fuerza y gran precisión, de escape Roskopf. Reloj elegante, extraplano, marcha cronométrica.

En acero azulado..................	**28**	**ptas.**
Idem en níquel puro (extraplano) .	**27**	—
Idem grabado (no extraplano).....	**25**	—
Idem en plata.....................	**39**	—

Recomendamos especialmente estos relojes.

En 4 plazos mensuales.

Este mismo reloj, con doble tapa de plata, rica ornamentación ... **45 ptas.**

En 5 plazos.



Reloj de señora, de doble tapa, simil oro chapeado, máquina garantizada, **30 pesetas**

Verdadera imitación del reloj de oro, idem en plata, **28 pesetas.**

En 4 plazos.



Magnífico reloj de señora. Elegante, de muy buena máquina extra, de acero azul extra, **20 pesetas.**

Con estuche y gran cadena dorada.

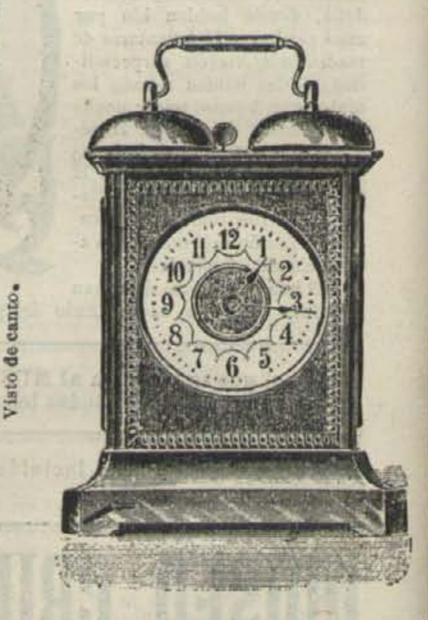
En 4 plazos.

Visto de canto.

Reloj elegancia novedad.

El más plano ó aplastado conocido hasta hoy; «del canto de un duro», de máquina extrafina, áncora 15 rubíes, marcha cronométrica, esfera de plata De caja de acero azulado, **40 pesetas.** Caja de plata, rica ornamentación. **45 pesetas.**

En 5 plazos mensuales.



Caja metal niquelada.

Despertador doble, dando sobre dos campanas.

Buena máquina de áncora, **20 pesetas.**

En 4 plazos.

Nota: anda sobre todas las posiciones.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY: quienlos mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó atrasos en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.